

Historias fantásticas

L.Luna.P (Noodle Kattepón Váiz) VaknKatz



Capítulo 1

Historias fantásticas

Noodle Kattepón Váiz (Laura Luna Peralta)

Capítulo 2

Este libro fue escrito gracias al estímulo del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (*PACMYC*) 2019-2020

Capítulo 3

Historias fantásticas

Diseño de portada: Noodle Kattepón Váiz (Laura Luna Peralta)

Grupo Xi Mixtu (gatitos)

Ilustraciones y fotografías: Noodle Kattepón Váiz/VaknKatz

Grupo Xi Mixtu (gatitos)

© 2020, Laura Luna Peralta

Derechos reservados

Primera edición: junio de 2020

ISBN: En proceso

Este libro basa sus historias en algunos acontecimientos reales. Los personajes, escenarios y diálogos han sido re imaginados por la autora para crear otro mundo en el aspecto de la literatura fantástica.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Impreso y Hecho en México

Capítulo 4

PRESENTACIÓN

El presente libro reúne historias pertenecientes al género de lo fantástico.

La propuesta se compone de relatos que se han reimaginado en su composición y trama a partir de aquellos mitos, leyendas, lugares y personajes que son compartidos de manera inicial en oralidades populares relacionadas a creencias de espantos, otras apariciones y hasta hechos oníricos; transmitidos por terceros o bien, pertenecientes a fantasías de la propia autora.

También se trata de vislumbrar el cómo estas narraciones van adaptándose al tiempo. Pues mientras unas tienen su origen en el pasado, otras de la misma índole ocurren en tiempos contemporáneos, apropiándose de aparatos, construcciones modernas, etcétera.

De esta manera, se busca preservar y trasladar la herencia cultural —como se había mencionado con anterioridad— afín de muertos, nahuales, ruidos tenebrosos y demás compañía inexplicable, a las nuevas generaciones a través de un trabajo impreso.

Capítulo 5

PRIMERA PARTE

EL PASADO

Capítulo 6

LUEGO DEL TRAGO

LA DILIGENCIA

Solitario estaba el camino para llegar a casa, pues en esos tiempos había tan pocos vecinos que incluso ir a uno de los barrios era como visitar otro pueblo. Es decir, todos quedaban lejos, muy lejos.

Y, por la ancha franja de tierra caminaban a paso lento Gertrudis, ella cargando tras la espalda a un inquieto bebé y Lucrecio, quien llevaba encima la tambaleante alegría que le dejaron las jícaras del buen pulque repartido en la fiesta a la que asistieron por petición de uno de sus compadres.

De pronto y vencido por el sueño, el hombre se tumbó, agazapándose a un lado de los sembradíos. —¡No! Lucrecio, idespírtate, Lu! —decía Gertrudis, sacudiendo a su marido, pero éste de ninguna manera reaccionaba.

Se quedó ella ahí, de rodillas, calmando los tímidos quejidos del bebé, mirando los campos alumbrados por la luz de las estrellas y de la luna que entonces resplandecía en toda su circunferencia. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que otra cosa llamara la atención de la señora madre, pues el silencio de la noche fue quebrantado con el andar de un carruaje.

Todo el ser de Gertrudis quedó helado, no importaba cuántas veces apretara y cerrara los ojos, la visión que percibía no cambiaba. Por el camino galopaban, acercándose, un dúo de formidables caballos, grandes eran sus ojos, pero encendidos; como si una llamarada estuviera dentro de sus cuencos. Resoplaban, agitando la grisácea crin en su cabeza, escarbando la tierra con sus negras pezuñas, obedeciendo a los golpes de un látigo de fuego que meneaba el cadavérico conductor en la diligencia.

—¡Padre mío! ¡¿Pero qué es eso?! —preguntó Lucrecio, quien volvió en sí luego de escuchar los horribles gritos de su mujer—. ¡Corre trudis, corre, corre! —imploró el hombre, llevándola de nuevo al camino.



Guardaba ella su propia fuerza para no soltar a la criatura, tan pura e inocente, el único ser que no percibía la maldad que tras ellos iba.

—Lu-Lucrecio, Lucre-iLucrecio! —habló jadeante—, creo que, que no vamos a llegar —agregó con voz pesada Gertrudis, tratando de ignorar el ruido de la infernal diligencia, así como la ardiente sensación del vaho caliente de los cuadrúpedos en las orejas.

—No vamos a llegar.

—iTú córrele!

—iNo vamos a llegar! —gritó de nueva cuenta doña trudis, segura de que serían arrollados por la espectral aparición... Mas en ese momento, cayó con estrépito en el piso de su pobre morada la pequeña familia. ¡Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, padre nuestro LÍBRANOS DEL MAL! ¡LÍBRANOS DEL MAL, LÍBRANOS DEL MAL! un último chicoteo del látigo de fuego, el tronar de las ruedas de la carreta y el relinchar de los caballos pasando de largo.

El mutismo acabó cuando Rogaciano y Pánfilo, los hijos mayores de la pareja entraron a la casa luego de un rato.

—¿Todavía están despiertos? —dijo Rogaciano.

—iHijitos!

—¿Y ora?, ¿qué tienen?

—¿Están bien?! ¿No les pasó nada?

—No. ¿Por qué? —preguntó inquieto Pánfilo, viendo a sus padres con algo de humedad en los ojos y temblando.

—La verdad... es que no sabemos. ¿No vieron nada allá afuera?

—No acá, todo sereno.

Se miraban todos, oyendo el chisporroteo de las velas.

—Bueno, ya vamos a dormir, hay que levantarse temprano —propuso

Lucrecio, acomodando las mantas sobre uno de los petates.

—Ma... ¿qué les pasó? —susurró Pánfilo.

—Ya te diré mañana, ¿sí?, tu hermanito ya empieza a estar chocoso.

—Ta' bueno.

En su lugarcito, Gertrudis apapachaba al niño. Después, ambos fueron acurrucados entre los brazos de Lucrecio. La pareja intercambió miradas y pensamientos

«—¿Qué fue eso que vimos Lu?

—No fue nada, trudis, duérmete y que dios guarde tus sueños.»

Limpió Lucrecio el delgado río de lágrimas en el rostro de su esposa. Cerraron los ojos, los abrió ella, sintió miedo.

«—¡Sí!, que dios nos guarde», apretó los ojos y siguió rezando. En algún momento llegaría el buen sueño, confió en eso la señora madre.

Capítulo 7

MUCHACHA

Desde hacía dos cuadras Ramón perseguía a Catalina, la había mirado, de pie en una esquina, moviéndose de manera tal que su reboso, la blusa y el encaje en su falda agarraban vuelo.

—Ven —lo llamaba entre risas y risas.

—Mejor tú —respondía el muchacho, ilusionándose con el milagro de andar con la guapa joven. Había sido por ella que asistió al baile de la cuadra, pero cuando no la miró en ninguna de las tandas musicales, y luego de sentir los mareos que provocan las cubas, abandonó el jolgorio.

Se entretenía pateando tepeziles, cuando escuchó su nombre en la voz de una mujer y fue así que, al enderezarse, vislumbró a su platónico amor.

—Ven —dijo ella por tercera vez.

Ramón se acomodó el ceñidor y presuroso se dirigió a la joven, pero antes de que lograra siquiera tocar un mechón de su cabello, ésta volvió a escaparse.

«¡Ah! Con que me anda picando la canija. ¡Ahorita verá!», sigiloso se desvió el pretendiente, yendo por un solar grande que acortaba el camino. Aguardó unos minutos tras el frondoso pirul ahí plantado. La verdad es que un pequeño calosfrío recorrió al joven, pues recordó lo que de ese lugar se platicaba, historias de gente que al igual que Judas (el traidor del nazareno), habían ido a colgarse en el árbol, además, la propiedad era de una familia que hace tiempo había perdido a su hijo de una manera muy lamentable. Se decía que una de las viejas bardas de la casa contigua cayó, aplastando al crio que ahí jugaba, atestiguaban muchos la presencia del niño, penando con tristeza.

Volvió Ramón a su realidad cuando al fin apareció Catalina, deteniendo sus pasos, miraba atrás, evidenciando así la búsqueda del receptor de sus coqueteos. «¡Que se adelante, que se adelante, ji ji ji!», bromeó para sí.

«Vaya si es bonito el cabello de la cata» pensó, dejando el escondite.

«Pareciera que no pisa el suelo» especuló, caminando casi de puntas, «¡Pero está bien chula la condenada!». Ella avanzaba ya sin correr,

cadenciosa, atractiva. A la de tres. Una... dos... itres! —¡Ya te atrapé!
—dijo Ramón, emocionado, abrazando por la espalda a Catalina.

—iiiHAAAAAAAAAAAAAY, HAAAAAAAAAAAAAY!!!



Terrible fue el lamento, y más pavoroso aún, cada hueso de la joven rodando al piso. El resuello de Ramón le impedía gritar, solo tuvo fuerza para encoger sus brazos al pecho. Como pudo se dio vuelta, corrió calle abajo. Pero ni así libraba a sus oídos del grito: —iiiHAAAAAAAAAAAAAY, HAAAAAAAAAAAAAY!!!

Además, sentía que cada paso era el retroceso de dos. Llegó el momento en que todo se le volvió cada vez más oscuro, más blandengues las piernas y luego un final suspiro.

Hasta el siguiente día, el agua que fluía al fondo de una de las piletas con figura de conchitas de agua, despertó a Ramón, el insoportable dolor de cabeza le hizo tambalearse, así que tuvo que sentarse al pie de la construcción, se rascó los ojos y de ahí, se desmoronó lagaña, negra como tierra.

—Buenos días muchacho, ¿qué tal la fiesta? —preguntó una mujer que sacaba agua de la conchita para ofrecer a su grupo de borreguitos.

—¿Eh?

—Todavía estás mareado, ándale, ya vete a tu casa, ladino, tus papás han de estar preocupados —recomendó la mujer antes de marcharse.

Un nudo se atoró en la garganta del joven, resistió el querer llorar, lo que sí hizo fue medio reír, después de todo, la condenada huesuda no pudo torcerlo.

Capítulo 8

UN PERRO NEGRO

El sol de más de medio día no calentaba, iquemaba! y, a pesar del clima, en el patiecito de la casa de los Xomulco, los muchachos se abanicaban con las manos, esperando a que su madre, en la cocina, terminara de calentar lo que comerían. Salió doña Juana al poco rato, limpiando el sudor que escurría por sus abultados cachetes.

—¿No se mira nada? —preguntó mientras envolvía un pancle de tortillas.

—Nada —le respondió Ceferino, llegando de afuera.

—¿Dónde estará?

—Por ay por ay, con sus amigos de verdad —respondió el hijo mayor de doña chana.

—¿Pero creen que esté bien? —volvió a inquirir la afligida esposa.

—¡Que sí!, ha de estar bien dormido en alguna pulcata —agregó Rómulo—iy ya no anden fregando! o si no de veras le va a pasar algo.

—Que dios no lo quiera —rogó Ceferino, santificándose—, sólo que papá nunca se queda en la calle.

—Tienes razón hijo, bien lo decía su abuela «él podrá ser todo lo borracho que quiera, pero, aunque arrastrándose, mi Jacinto siempre llega a la casa, así que no lo molestes», aunque ahorita la mera verdad ya me dio el pendiente, ¿a dónde estará?

—Ahorita vamos a dar otra vuelta a la calle —habló de nuevo Rómulo. Ceferino arrojó unos huesos rumbo a los perros, cuando, de uno en uno, los canes fueron levantando las orejas. Menearon la cola con ritmo alegre, echando carreras hacia la puerta.

—Perritos, perritos, sí, sí, iháganse para allá! —expresó...

—¡Jacinto! —gritó Juana.

—¡Papá! ¡¿Está bien, qué le pasó?! —preguntaron los hermanos,

sujetando a su maltrecho padre.

—Haaaaa —suspiró Jacinto antes de precipitarse al agua de limón, saciando desesperado; la carne seca de sus labios apenas logró sentir frescor.

El hombre se dejó caer sobre una silla, haciendo que todo el polvo en su ropa se sacudiera—. Cabrón, me duele todo el cuerpo.

—¿Dónde estaba o qué?!

—¡Pero! ¡¿qué te pasó, estás bien?!

—Ay canijo, perenme tantito, ahorita les cuento...

«—Amigo ¿no me compartes un trago? —preguntó, reclinándose en nuestra mesa, el nahualito. ¿Ya saben la historia de su apodo?, según las malas lenguas, el hombre, a horas impertinentes de la madrugada, fue a revolcarse al medio de un cruce y por ello pudo transformarse disque en un animal. Mis abuelitos nos decían que luego eran esos hombres mágicos los que andaban robando cerdos, gallinas o burros a la gente del pueblo, que los hipnotizaban para que los siguieran, así se los llevaban sin hacer tanto escándalo, se comían lo hurtado o lo llevaban a vender a los mercados de otros lugares. La mera verdad yo nunca les creí, pero bueno.

—Sácate de aquí —le dijo uno de mis amigos, espantándolo con las manos, como se hace cuando las moscas o cualquier otro bicho anda moliendo.

—Un traguito nomás —continuó, pero, en su ruego, tiró uno de los vasos. Corrió el aguardiente sobre la mesa y luego se escurrió sobre mis pantalones.

—¡Órale, a ver, a chingar a su madre de aquí! ¡Órale, órale! —intervine, dando empujones al viejo.

—¡Ah! ¿no me vas a dar un trago? —contestó de manera algo retadora.

—¡Que no hay cabrón!

—Sale te vas acordar mano —se alejó el anciano mentándonos la madre y rezongando quién sabe qué cosas.

—Te van a dar una rastriza —en burla dijo otro de los cuates—, ¿nunca les he contado cuando a mi primo se lo llevó uno como ése? Si no es que fue

él, mi tía siempre repite que mi carnal por eso se murió, de puritito espanto.

Primero no dijimos nada, luego nos echamos a reír y a seguir brindando con lo último del aguardiente que sobraba en una botella.

Por cierta curiosidad, miré de reojo hacia la entrada de la cantina, sintiendo calma por no ver ahí al ruco, «el nahualito, ajá sí, son todos unos pendejos, ja, ja» Me reí.

Cuando ya me venía para acá, hacia los ojos de rendija para distinguir un poco la calle, que estaba oscura como boca de lobo, conforme iba acercándome, la figura de un perro echado justo frente al zaguán se volvía más clara. En un principio creí que se trataba del frijol, el perro grande que pertenece a don pancho, porque lo vi así, igual de negro y pachón. “Chingados, ¿y ora? Pinche perro, no me va a dejar pasar.” me dije, recordando al frijol como el terror de la cuadra. Cuántas veces no miré que los “sácate” o las piedras o cualquier seña defensiva no lo acobardaba, es más, ven cómo se envalentona, mostrando los dientes, escupiendo baba en cada uno de sus ladridos, nunca retrocede en sus mordidas y amenazas hasta que su dueño interviene, y ya parece que don pancho iba a estar saliendo a esas horas de la noche. Pues ya, que me acomodo el gabán, dispuesto a enfrentar al perro por si se ponía necio, «¡quírate!» ... le dije... que se levanta... Sentí como si alguien me estuviera arrancando las greñas, pues ya vi que no era el frijol, era otro animal, como deforme, tenía unos ojos blancos brillantes, en la cabeza le colgaban algunos mechones ralos de cabello... cuando me distraje por verle las patas iel condenado que se mete entre mis piernas!, retozó y yo quedé sobre el espinazo. Intenté arrojarme, pero el desgraciado no me dejaba, corría serpenteando los caminos rumbo al campo, me golpeaba contra los nopales, se metía entre las barrancas de sabinos para chingarme. ¡Pas! Que me tira, caí de trompa en la tierra, me hice el pendejo, bien que sentía como daba de vueltas el maldito animal, como que bramaba... ay dios santo, se quejaba re-feo. Abrí un cachito los ojos y ahí estaba, mirándome, como ya iba medio clareando, el hijo de la chingada que me da una meada y ya que se larga.»



Me quedé ahí hasta que salió bien el sol, el pinche animal me fue aventar hasta el otro lado del cerro. Cuando iba entrando al pueblo que me encuentro al Gera: —Te la seguiste pachangueando ¿verdad?

—Pinche carnal, me echaste la sal.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Y eso?

—Pus creo que sí me llevó el pinche nahual.

—¡Ah! ¡Te lo dije!, ahora ya sabes, nunca le niegues un trago al nahualito ja ja ja ja. Ya que mano, ve a darte una limpia.»

Se ahogaban Juana, Rómulo y Ceferino con el humo de los chiles secos que ardían en el braceró, atizaban los muchachos mientras que Chana arrojaba más chiles a las brasas: —¿No sientes nada? ¿Qué te ahogas? —preguntó ella a Jacinto.

—Nada —respondió él, asomando la cabeza en el humo.

—Es que sí te dio un aire re-fuerte, respira más, respira más, para que se te vaya todo el espanto.

—Haaa —suspiró Jacinto—, pinche nahualito, me cae de dios que a la otra no voy a decirte que no.

—Pa ¿le sirvo de comer?

—Órale pues, que si tengo una perra hambre —bromeó Jacinto, algo sorprendidos lo vieron su mujer y sus hijos. Luego todos comenzaron a reír.

Capítulo 9

LA NOVIA

Con algunas piedras de la tesinta que fraccionaba un par de tierras para la siembra del maíz, haba y alberjón, Marcelino Rojas mandó labrar una cruz grande, que, posteriormente, hizo reposar cerca del capulín de uno de los campos y del cual se comentaba, ahí vivía el Otro.

La verdad era que ninguno de los Rojas había creído en las habladurías, tales como que, a un vecino, mientras cuidaba a sus chivos, lo llamó un hombre, «vestía muy elegante», haciéndole recordar a los catrines de más antes, «estaba recargado sobre el árbol» mencionaba siempre que narraba su anécdota. Cuando fue, éste le ofreció un negocio: “Te voy a decir dónde encontrar mucho dinero, pero vas a tener que darme algo a cambio, una cosa chiquita, ni cuenta te vas a dar.”

—Muchas gracias señor, ahorita no tengo necesidad —agradeció el campesino antes de huir, «¿quién más iba a ser?!, imás que el meritito chamuco!, capaz que esa cosa chiquita, era mi alma.»

Otro día, se le apareció a una familia que fue a recoger lengüitas de pájaro y quelites, ofreció el mismo trato y cuando lo ignoraron, el hombre espantó a las mulas, resoplaban y en su violento escape, lastimaron casi de gravedad al anciano que trataba de calmarlas.

Los siguientes fueron unos chavillos, bajaban de su parcela. “Sí, lo vimos en el campo del Marcelino, vestía todo de negro, relumbraban unas cadenas plateadas alrededor de su cuello, en sus dedos anillos de lo mismo, grandotes y bonitos. En cuanto habló, comenzaron a chillar los perros, quién sabe cómo lo veían, mas éstos ladraron hasta que espumosa baba les salió del hocico, corrieron alocadamente de un lado para el otro, luego los pobrecitos comenzaron a brincar, como si alguien los estuviera levantando. Al cuarto vuelo, cayeron muertos. Oímos al don reír, pero al divisar al capulín, el señor había desaparecido.”

Esas y otras historias llegaban a los oídos de la familia. «Pues dicen», era su acostumbrada respuesta, hasta que...

Cierta mañana, Petra se entretenía con la pelea de unas golondrinas, su patrón de lucha era subir unos metros y luego hacer maniobras al ras del suelo. Chillaban enardecidas, picoteándose y con ello las plumas volaban al aire. Se dispersó un bonche, como otorgando el fin de la trifulca a una

compañera de cada bando. Danzaban las golondrinas en el piso, toreándose con el movimiento de sus alas, ¡pom! Se dieron un contronazo, una más lista dio pataleos y de un certero picotazo, reventó el cuello de su adversaria.

El ave se retorció epiléptica y entonces falleció.

—Protégenos señor, alguien se va a morir —afirmó la madre de Marcelino, persignándose repetidamente.

—¡Ay!, no diga eso.

—¿Qué no lo sabes? Esos pájaros son el mal agüero.

—A ver —dijo Petra, alejándose de la señora que recogía a la golondrina. Tratando de ignorar la sensación de miedo que las palabras de su suegra le habían provocado—, vayan al campo a traer unas varas porque ya no hay para atizar la lumbre de las tortillas para mañana.

Se acomodó entonces Gaspar y mirando que Itzel no tenía mucho trabajo en la casa, le pidió que lo acompañara.

Fueron los dos por el camino largo, en su trayecto juntaban ramos amarillos de azomite, atrapaban chapulines, correteaban por las barrancas llenas de pasto y acahuales.

—¿Y ahora quién va a enredar la cuerda de mis trompos? —preguntó Gaspar, dando unos empujoncitos a su hermana.

—Pues vienes a mi casa.

—Se va a enojar el Agustín. Dice mamá que a las mujeres casadas ya no se les debe dar molestias de solteras.

—¿Como si Agustín te tratara mal? Si te quiere re harto, ¿no el otro día te regalo una bolsa de canicas?

—Eso sí.

—Menso —rió Itzel.

Al poco rato se adentraron a la parcela, Itzel miraba a su hermano tronchar las hojas verdes que todavía no se caían de las ramas de los sabinos que bordeaban una parte del campo y que días antes, su padre había derramado.

Un viento agitó la copa del capulín y el sonido de éste llamó la atención de

la joven.

—Mira, este año el árbol dio harta fruta, voy a traer unos capulines para hacer dulce.

—Por ay dame el lazo para ir amarrando el tercio.

—Sí.

Apenas dio la espalda, Gaspar se crispó con el tremendo grito de su hermana, la encontró desvanecida a los pies del árbol. —¡Itzel, Itzel! —la llamó, sacudiendo el menudo cuerpo. Viendo que no reaccionaba, el niño corrió por unas ramas y con ellas la cubrió.

—¡La Itzel se desmayó en el campo! —gritó al llegar a su casa.

—¿Cómo?! —preguntó exaltada su madre— ¡Jesús, Tomás! ¡Vengan!

Salieron los hijos mayores, detrás de ellos los abuelos paternos y luego Marcelino.

—¡Que dice Gaspar que su hermana se desmayó en el campo!

—Allá la dejé —respondió el niño hecho lágrimas.

—Vamos a traerla.

—Corre mijo, dios bendito, ¡corre! —apresuró la nodriza de Marcelino.

Fueron los cuatro hombres al lugar de los hechos, Itzel permanecía justo como la dejó Gaspar, le hablaron consiguiendo el resultado de antes. La echaron sobre una carretilla y así la regresaron.

Pardeaba el día cuando Itzel despertó. Vio a toda su familia de pie sobre la cabecera de la cama.

—¡Hija, ¿qué te pasó?! —se arrojó Petra sobre la muchacha, palpándole toda la cabeza.

—Mija ¿cómo te sientes? —también indagó Marcelino.

—Nada, ¿por qué están espantados? —respondió ella, en completa serenidad y hasta con algo de asombro.

—Te quedaste tirada en el campo, tremendo susto que le diste al Gaspar. Habló serio Tomás, el hermano al que más le guardaban

respeto.

—Sí hermanita, gritaste re´feo, pensé que una víbora te había picado, te caíste por la raíz gorda del capulín.

Itzel continuó meditabunda, repasando los dedos sobre la frente en pos de recordar algo. “Pues no me acuerdo.” Finalizó.

—¿Cómo te sientes? —repitió la pregunta su abuelo.

—Bien —respondió la muchacha, sujetando las manos del viejo entre las suyas.

—Gracias a diosito. Hija, ¿quieres comer? Ya vamos todos a la cocina.

Mandó la abuela.

Ya en familia, el tiempo de la cena pasó tranquilo.

Cuando al fin llegó la noche, los padres de Itzel, pretextando una charla, se quedaron largo rato en su cuarto. Más tarde, por sugerencia de la joven, Marcelino y Petra también fueron a descansar, muy aliviados porque Itzel estaba como siempre, amable y risueña.

¿Cómo será lo que ve la gente en sueños?, aquella noche, el sonido imperante en los modestos jardines y el patio era el de los grillos, sin embargo, no tardó en unirse a la estridulación el aullar del Balín, el lamento del perro era profundo y lastimero, pero no fue lo que hizo levantar a toda la familia, sino un llamado en gritos. Era Itzel.

Cuando abrieron la puerta, hallaron a la muchacha de pie junto a su lecho, sus manos se habían engarrñado en su largo cabello suelto, se conjuntaban sus lágrimas y la saliva escurriéndole a chorros, gritaba de manera tal que su boca se abría antinatural

—¡Mija! —la llamó su padre, zarandeándola por los hombros.

—¡Un hombre horrible, ahí, ahí, no me quiero ir con él!

—¡No hay nadie!

—¡Sí, ahí! ¡Se acerca, se acerca!

—¡Itzel!

—¡DÉJEME! ¡NOOOOOOOO! —se desplomó, como sucedió en el campo, a

plena luz del día... con la única diferencia de que ya nunca despertó.

Al velatorio fueron muchas personas. No hubo alma que resistiera verla en su ataúd.

La gruesa cabellera de la difunta era coronada por frescas y abiertas gardenias y aunque era triste, los acompañantes reconocían que las hebras canosas, herencia de familia por parte de Petra y regadas en el pelo suelto, brillaban de manera preciosa. Su rostro había sido tratado con el extracto de un betabel y éste coloreó de un rosa tenue los labios y mejillas, pese al color, la inanimada seguía conservando los rasgos de su juventud, de sus castos dieciséis años.

Adornada en su blanco vestido, aun muerta, Itzel Rojas era una muy bella novia.

La procesión al cementerio avanzaba lento y a pesar de los cantos y rezos, Agustín Marques, desde su lugar en la primera fila de los que cargaban en hombros el cajón, era capaz de escuchar las murmuraciones de la gente. Ojalá pudiera ir y decirles que se mordieran su bífida lengua, incluso podía imaginar la sangre salpicando de su cara mientras se las reventaba a golpes.



—Pobrecito muchacho, ora que vaya hacerse una limpia, sino va quedar salado.

—Me dijo la Ruth que su tía le dijo que a la difunta se la llevó el que se aparece en el campo de su papá.

—No, dicen que vino por ella a su casa.

—La quería como su novia y mira, se le cumplió al condenado, se la llevó re'bonita.

—Se hubiera mirado bien chulo el Agustín.

—Pus vino con su traje de novio, qué lástima que se muriera esta Itzel.

Apretó los ojos el muchacho, dejando caer los chorros de lágrimas acumulados, sintiendo el golpeteo arrítmico de su corazón, entraban ya al panteón, faltaba muy poco para decir el último adiós a su querido amor.

Capítulo 10

LO QUE SE OYE Y VE

A LAS TRES DE LA MADRUGADA

Según la creencia popular, el *Aire* se trata de un mal que puede ser invisible o tener la figura de algo, da en las calles, en los cementerios, cuando se oyen ruidos extraños o por el desconocimiento de personas ajenas en lugares como edificios, casas, etcétera.

Se dice que ataca al espíritu, agotando la energía de las personas y que también provoca malestares como dolor de cabeza, náuseas, la aparición de secreciones verduzcas o amarillentas en los ojos y, en el peor de los casos, este mal provocará la muerte, nadie sabe con exactitud qué es lo último que la víctima observa, lo único seguro, es que el corazón se detiene, violento, para siempre.

¡Levántate y haz algo! Lava tu ropa o los trastes, saca el nixcómil, arregla el fogón, tira comida a los totoles, ¡pero haz algo! en lugar de estar moliendo con que nunca puedes dormir. Si te hubiera tocado vivir en la época de tus abuelitos ¡uuyyyyy! ya parece que iban a soportar tus quejumbres. Fíjate, a nosotros nos quitaban las cobijas a las tres de la madrugada y cuidadito con protestar porque te soltaban unos varazos de chichicaste ¡jum, que si el ardor en tus patas no te hacía apurar!, para las siete los corrales ya estaban escombrados, las vacas y los animales ya habían comido, ya habíamos echado un bote de tortillas y hecho el desayuno. Entre más temprano, mejor te va a rendir el día y más cuando sabes que el quehacer de una casa nunca se termina.

Los regaños de su madre retumbaban en la cabeza de Ángela, refunfuñaba al mismo tiempo por ser víctima de ese canijo mal que la fastidiaba cada noche desde que tenía memoria. Con cansancio o sin él, en punto de las tres de la madrugada abría los ojos, nada de ardor, nada de sueño en ellos, frescos como si hubieran descansado lo merecido y de ahí en adelante, se la pasaba sintiendo alguna clase de extraña desesperación que se manifestaba a modo de bochornos, comezón o unas tremendas ganas de salir corriendo hasta agotar las piernas: «qué alivio sería regresar de una larga caminata y arrojarse con gusto a la cama para

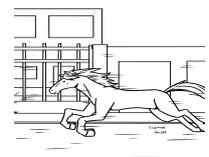
dormir, dormir y dormir» era lo que Ángela recreaba sobre los ennegrecidos tejamaniles del techo de su casa. Lo peor llegaba a las seis de la mañana, porque ahora sí, sus ojos volvían a sentirse tan cansados y con ganas de dormir. Pero, como bien lo decía su madre: hay mucho que hacer en la casa, «levántate y anda. Ay diosito, quisiera no ser tan perezosa» Se animaba para comenzar sus días.

Tumbada a lo largo de su lecho, meditaba en lo extraño que son los pensamientos que uno tiene, como ahora, en que recordaba la vida de las dueñas de la tienda grande en el pueblo, ¿por qué se habrán quedado solteras? ¿no sintieron nunca las ansias del cuerpo? ¡Ay perdón, perdón! ¡Eso a mí que me importa!, al menos se hacen compañía entre las dos, ojalá diosito no las separe nunca, ¿imagínate cómo va a sufrir a la que le toque vivir sola o quien sabe, puede que se mueran las dos al mismo tiempo, ino es que se los esté deseando! ¡Ay dios mío! ¿por qué nunca podré dormir?

¿Dónde se habrá quedado pepe? Es bien rara la noche sin sus ronquidos, hasta lo extraño, ¿dónde estará?, seguro por ahí durmiendo, muy feliz de la vida, ¿y si le pasó algo? No lo creo, nuestro pueblo es tranquilo, ¿qué hora es? Casi las tres y cuarto, a ver, me voy asomar, igual y ya viene este salado.

Se levantó Ángela, alisando la tela del camisón y echándose una cobija, se quedó unos minutos en el umbral mirando las estrellas que tupían el cielo, «birr, está haciendo harto frío. A ver, ya voy, ya voy»

Era su tercer vistazo a lo largo de la calle, cuando, a lo muy lejos, vio una mancha blanca. —¿Y eso?



Tacan, tacan, tacan, era un hermoso y níveo equino, corría grácil, tacan, tacan, tacan, pasó de largo, creando un gélido aire con su veloz paso y que Ángela sintió en todo el cuerpo, temblando aún vio cómo el caballo desaparecía en la oscuridad de las calles.

A la mañana siguiente, un dolor intenso de cabeza y nauseas aquejaban a la pobre mujer, quien se esforzaba en poner cara de buen humor.

—¿Te duele algo o qué? —inquirió su mamá, palpándole la cara.

—Nada.

—¿Cómo nada? Estás bien descolorida y mira tus ojos rojos, parecen de

borracho.

Suspiró largamente Ángela, —Yo creo que me hizo mal ver el desfiguro, tú crees que vi un caballo blanco.

—¿Dónde?!

—Salí en la madrugada a ver si no veía por ahí a este pepe, cuando ipum! Que pasa un caballo, hasta eso se miraba bonito. Pero a partir de ahí comencé a sentirme mal.

—¡Ay Ángela! ¡Antes que no te moriste!

—¿Qué?!

—¡Es un espanto fuertísimo!, mi comadre Lupita dice que también lo vio una vez, se puso re´mal, ¡ya ves bruta! ¡¿para qué andas saliendo a esas horas?!, deja voy a buscar unas yerbitas para ponerte unos chiqueadores, ay Ángela, ¡puras tonteras contigo!

¡¿Para qué andas saliendo a esas horas?!, escuchaba Ángela, sentada en la cocina, viendo a su madre buscar entre las matas de ruda y margaritas.

«¡Levántate temprano, haz algo! Y ahora sale con que no... jodida ruca ¡¿quién la entiende?! ¡Ay diosito, diosito! ¡Perdón, perdón, no me vayas a castigar! No la quise ofender.» se persigna la muchacha, «ay mamacita chula» vuelve a repasarse el símbolo dos veces más al recordar la singular aparición.

Capítulo 11

AL OTRO LADO

La gran propiedad de la familia Martínez González se hizo famosa por muchas circunstancias, pero tres eran más populares durante las charlas de la gente en la comunidad. La primera, que en tiempos del porfiriato, diligencias cargadas del correo llegaban ahí, desencadenando constantes balaceras entre asaltantes y gendarmes. La segunda, una puerta de cinco metros de altura repujada en cuadros de hierro color naranja custodiaba la entrada, siendo los lugareños quienes, para el regocijo de los dueños; bautizaron la estructura con el nada singular nombre de La puerta de Alcalá y, tercera, luego de una prolongada disputa por el terreno, la vida de uno de los herederos culminó cuando su hermano lo asesinó a puñaladas.

El crimen fue murmuración por algún tiempo, hasta que comenzó a decirse que los hijos restantes pensaban mudarse a la ciudad y por ello estaban fraccionando la tierra para ponerla a la venta. Muchos fueron los interesados en comprar una parte, pero, esos lujos pudieron dárselo unos pocos.

—Nuestro cacho de tierra quedó entre una parte que compró el señor Camilo y otra que sí se quedó una hija de los Martínez. Me gustó el lugar que ganaron mis papás, porque la barda quedaba juntita a la nuestra, mis papás hicieron ahí también el temazcal, al treparme a la joroba del baño podía ver lo que sobró del terreno donde aún estaba la puerta de Alcalá y pues me sentía como una reina por ser la vecina de aquella gente de abolengo, aunque para ser un poco sincera, también me daba algo de cosa, pues también era cierto que la tierra ya no se veía tan esplendorosa como en sus buenos tiempos —recordaba Doña Cira.

—¿Y ya desde entonces espantaban?

—Pues sí, por todo lo que sucedió ahí. Decían sus abuelitos que más para allá donde están los macheros, penan las almas de la gente balaceada y fue aquí; en nuestra casa donde se mataron los hermanos.

Cuando su papá estaba rascando encontramos esa espada, balas y otras chacharitas. Nos decían que las tiráramos para que los muertos nos dejaran en paz, pero están bonitas ¿cómo íbamos hacer eso? Son históricas.

—Yo sí tendría ñañaras, ¿no?, yo no guardaría cosas que penan.

—Tú a qué no le tienes miedo gallina y iapartadas!, más adelante valdrán muchísimo dinero.

—Habló el avaricioso.

—iNo se peleen!, regresando a esto, uno se acostumbra a lo que oye, miren ya cuántos años tenemos viviendo aquí.

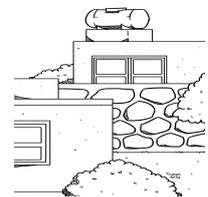
—Cuenta lo del baño.

—iSí!, icuenta, cuenta!

—Brrr, todavía siento feo cuando me acuerdo.

—iCuenta, cuenta!

—Bueno, sin falta cada ocho días, prendíamos el temazcal, para sus abuelitos, el baño era como un rito que tomaba toda la tarde y algunas horas ya de la noche. Primero se bañaban los hombres y luego las mujeres; a nosotras nos gustaba reposar hasta que se acababa todito el vapor, hablábamos de lo que pasó durante el día, compartíamos uno que otro chisme. Pero, esa vez, ya era bien noche y nos estaba ganando el sueño. Dormitábamos cuando iPAM, PAM, PAM!, escuchamos unos golpazos, como si unas cascadas de piedras tuvieran el final de su camino a un lado del temazcal, iiiPAM, PAM, PAM!!! Bien que mirábamos cómo se cimbraban las paredes, llegamos a pensar que el baño se iba a derrumbar sobre nosotras, «iha de ser un temblor! iJesús, María y José!» gritaba mi mamá, teníamos ganas de salir corriendo i¿pero cómo?! Si estábamos en cueros. Nos quedamos sin decir palabra un rato, y así como si nada, dejó de escucharse el ruido, «ya no se oye nada, ihay que salirnos!», rápido nos vestimos, sin nada que decir, nos fuimos directo a la cama.



Al día siguiente me subí al temazcal pa' espiar, creí que iba a encontrar las piedras, igual y la heredera había mandado a dejarlas.

—¿Pero a esas horas de la noche?

—Ahora ya pensamos en eso, mas ese día nomás queríamos salir corriendo.

—¿Y qué pasó luego?

—Pues cuando me asomé vi que no había nada, todo estaba tan limpio y vacío como siempre.

—¡Qué miedo!

—Sí. Luego de escuchar aquello se nos quitó la mala costumbre de quedarnos en el baño hasta tarde, mi papá dice que a lo mejor alguien nos despertó, ¿para qué o por qué? No lo sabemos, pero no olvido los pedrazos que escuchamos esa noche, golpeando al otro lado.

Capítulo 12

LAS FIGURACIONES

A lo largo de su vida, Yolanda había sido testigo de la existencia de cosas raras, visiones que para muchos son productos de una imaginación descarriada, o los desfiguros que deja un delirio o las presencias que solo emergen en los sueños. Sin embargo, Yolanda, cuerda en todo sentido, las miraba tanto en el día como en la noche.

La gente se estremecía con sus narraciones, en especial aquellas que nunca habían presenciado nada: —Pues alégrese, mi familia siempre dice que me acostumbre, porque fue dios, él me envió al mundo con este don y tal vez así sea, pero el miedo nunca se va y mi único consuelo es saber que según mi espíritu es fuerte, es decir, de espanto no me voy a morir.

Lo cotidiano en su mirada sobrenatural, eran las figuras de sombras. «Viajaba a Puebla porque estudiaba enfermería en la Buap, había tenido unas semanas muy pesadas en la escuela, sobre todo por la temporada de exámenes prácticos y el sueño me agarró tan profundo que me desperté cuando el camión brincó al pasar un tope, ya casi a la salida del pueblo. Sentí feo tener que bajarme ahí porque tendría que pasar por donde estaba el panteón y más que en ese tiempo no había luz en todas las calles. Caminaba rápido para llegar hasta el parque, todo derecho para arriba ya salía a la casa. Pues iba ahí cuando atrás de mí empecé a oír las pisadas de un caballo, tronaban los cascos sobre la calle empedrada, tac-tac, no quise voltear. Entonces caminé más rápido, pero el ruido de la persecución también aumentaba, un impulso me hizo correr y cuando llegué al parque ahora sí miré, pero no había nada, corrí a la esquina, ahí ya estaba un poste, aunque la luz apenas alumbraba, ¡y cual va siendo mi sorpresa!, en la pared azul de la tienda antigua estaba la sombra como de un burro, sus ojos no eran más que dos puntos blancos, ¡pero le faltaba la mitad de sus cuatro patas!

Ya no recuerdo cómo es que llegué a la casa, pero de lo que sí, es que la sombra y su ruido de cascos me siguió desde el panteón hasta el final.»



—En otra ocasión, alguien tocó la ventana, ahuyentando el sueño de Carmen y el mío, ¿quién era el ladino que molestaba a horas no cristianas? Nos quedamos inmóviles, alertas, como para asegurar que el

ruido había sido parte de nuestros sueños, cuando, por segunda vez, escuchamos los golpes en la ventana. Eché un ojo quitándome una parte de la cobija en la cara, pero no logré distinguir otra cosa más que la opaca luz filtrándose a través de la ventana de madera.

Abombamos las almohadas, dispuestas a conciliar otra vez el sueño, mas ahora, un silbido fue lo que me hizo incorporar. Ahora sí vi una larga figura alejarse de la ventana. "¡Abuelita!", pensé nerviosa. El temor a que alguien se hubiera brincado me envalentonó para mirar por la ventana, «si veo algo entonces le grito a mis tíos». Por supuesto que había alguien, una figura de apariencia humana, completamente negra, sentada al ras de la barda, con un movimiento de su brazo me pedía que fuera... sólo un demente haría caso.

Desde que vi la sombra, se volvió común encontrar a gallos, guajolotes, cualquier ave de corral, tirados al pie de la barda con el pescuecito roto. «ellos se mueren en lugar de nosotros, pobrecitos, nos cuidan» decían mis familiares. Escuché los golpes en la ventana más veces, pero nunca volví a asomarme otra vez.

Capítulo 13

SEGUNDA PARTE

EL PRESENTE

Capítulo 14

PROFANACIÓN

Valentina no estaba contenta, pues la visita a la tumba del abuelo había resultado de lo más aburrida, ni siquiera la gran rebanada de pastel que le ofreció uno de sus tíos funcionaba para cambiar el terrible humor que la invadía. Así que, luego de haberse comido el trozo y notando que el picnic familiar acontecido en la tierra de los muertos iba para largo, Valentina decidió ir a explorar los alrededores. Halló finalmente un pequeño mausoleo de pinta gótica. De la cruz puesta en la parte superior de la construcción se agitaban los fofos cuerpos de globos metálicos y cada una de las principales torres del sepulcro estaban custodiadas con dos bonachones felinos que mantenían una bola de lana entre las cuatro patas, era ese el lugar donde un niño que había entregado su alma a la joven edad de cinco años, descansaba.

Luego, Valentina echó un ojo al interior de la pequeña casa sin puerta, miraba las ofrendas para el niño y entre todo, vislumbró un adorabilísimo oso de peluche.

—¿Qué haces?! Deja quieto eso —interrumpió la madre de Valentina, sorprendiéndola al querer guardar en la bolsa de su chaqueta al osito de peluche.

—¿POR QUÉ? Además, ¡ÉL PARA QUÉ LO QUIERE!, ¿NO LO VES? ¡ESTÁ MUERTO!

—¡Obedece a tu mamá! —ordenó la abuela de Valentina con algo de tristeza y enojo en su voz—. Ya no se debe recoger nada de aquí. Pues todo está juzgado por los muertos y si les arrebatas sus cosas se molestarán mucho.

—¡PERO YO LO QUIERO, YO LO QUIERO! —gritaba la niña, llorando amargamente, ignorando los mimos de su madre para tratar de calmarla.

—Ya, déjenselo —recomendó el papá de Valentina, pues no le alegraba que su pequeña llorara y menos por cosa de nada.

En Tina cesaron de pronto las lágrimas. En su lugar, una grata y burlona risa se dibujó en su boca. Antes de guardarlo, triunfante, movió el peluche un par de veces frente a la desgastada fotografía del difunto. Con un par de saltos, Tina se reunió con el resto de familiares que ya se encontraban

fuera del camposanto.

Un vientecillo agitó las flores, vivas y muertas de cada tumba en el lugar, la abuela que caminaba despacio, logró escuchar cómo se quebraba el cristal del marco que resguardaba la fotografía del señorito, al que su nieta había quitado el juguete. La anciana cerró los ojos, tratando de no pensar en el significado de la fractura. Suspiró hondamente, y rogó que nada lamentable sucediera.

Aquella misma noche, los oídos de Valentina se agudizaron al escuchar los pasos en la habitación superior contigua a la suya. Llegó a pensar que se trataba de su padre, tal vez iba de aquí para allá, tratando de culminar los deberes del trabajo que siempre acarreaba a la casa. Sin embargo, los pasos tenían un eco distinto, se escuchaban más fuertes, más pesados; incluso hacían que piedrecitas y polvillo se precipitaran a su rostro, haciéndola estornudar. Al tercer fastidioso golpe de las diminutas piedras sobre su cara, Tina abrió los ojos.



Desde la altura, la cabeza de un siniestro oso de peluche se asomaba. Parpadeaban los globos oculares en los que prevalecía un tono rojo, acompañado de un punto negro al centro. De la boca abierta del muñeco caían terruños de oscura tierra, y de los agujeros en la circunferencia craneal de felpa, navegaba un horrible gusano de cuerpo agujereado de color morado.

—¡Mamá, papá! —gritó con desesperación Valentina al notar que un brazo de la presencia se despegaba del techo. El sucio puño del peluche se abrió, acercándose más y más a la ya cardíaca niña.

—Juega con nosotros —dijo con voz lúgubre el monstruo del techo.

—¡Nooooooooooooo!

—Tú jugarás con nosotros —habló el horrible gusano, acrecentando el terror en Tina, pues el animal tenía un deforme rostro humano.

La abrazaban las apariciones, separándola de la cama y llevándola poco a poco hasta la oscuridad que reinaba en el techo.

—¡MAMÁ, PAPÁ! ¡MAMÁ, PAPÁ!

Los padres de Tina ingresaron a la habitación, se asustaron al ver cómo

gritaba y se retorció Valentina.

—¡Díganle que no, que no quiero ir con ellos!

—¡Cálmate Valentina! —respondía afligida su madre.

—¡No, no quiero ir!

—¿Con quién hija, con quién?! —vociferaba el papá de la niña, mirando todo el espacio ya iluminado de la habitación.

»—¡TÚ VENDRÁS!

—¡NOOOOOO! —chilló Valentina antes de que su cuerpo se desplomara.

El viento agita las flores y las aspas rosas de los rehiletes en un par de floreros. Un conserje limpia los cristales de un nuevo mausoleo, suspira al leer la edad del muerto en esa tumba, tan solo diez años.

Minutos después, el hombre detiene sus pasos al oír un rechinar, al darse vuelta observa que la puerta del sepulcro está abierta, así que regresa y al ponerla en su lugar, nota un hueco en la ofrenda. Hace un poco de memoria. Sí, un pequeño y tierno oso de peluche es lo que hace falta.

Capítulo 15

DEPARTAMENTO EN LA AZOTEA

Se decía que muchas cosas raras sucedían en aquel edificio, como en el departamento número tres, donde vivía Fernanda, mi amiga.

«Era un señor ya grande, tenía familia, pero de todos era sólo una nieta la que venía a darle una vuelta y eso cada que podía.

Los vecinos advertían la presencia del don cuando salía a comprar o al escuchar el volumen de su televisión. De ahí en más, lo consideraban una de esas personas que nunca se meten en asuntos ajenos y por eso, de alguna manera, es que les caía bien.

Entonces llegó el día en que apareció la nieta, preguntando a los que vivían en el edificio si por casualidad habían visto a su abuelo, la joven explicó que tenía cuatro días llamándolo por teléfono y él no respondía, y tampoco ahora que llevaba horas tocando la puerta. La angustia de la nieta hizo que los vecinos resolvieran forzar la entrada, ¡y cual va siendo la sorpresa! ¡el hombre estaba muerto!, qué grotesco, se quedó sentado mirando hacia esta ventana»

—Viendo el parque, supongo.

—Ajá, tal vez sea esta la razón del porqué todo el ambiente aquí se siente pesado. Por ejemplo, cuando estás en la cocina, clarito puedes sentir como si alguien estuviera detrás y se acerca poco a poco ¡y entonces te giras rápido!

—¿Y ves algo?!

—No. Nada, nada.

—Ashhh, payasa.

—¡Ja! Pero ya, en serio, eso te enfría los huesos y mejor te echas a correr a tu respectivo cuarto.

Yo gracias a dios no veo nada, pero escucho, donde más se oye es en el estudio, ese cuarto además de oscuro y frío tiene algo que no sé qué, ¿ves que te conté lo de la computadora?, se prendía sola la maldita, y el otro día que la desenchufé ¿y no en la noche comenzó a tronar el

botoncito del regulador?

itac-tac-tac! itac-tac-tac-tac-tac! Tipo señal, tipo: ándale cabrona, para que sepas que estoy aquí heeee.

—No manches, son puras figuraciones tuyas, estrés de la escuela.

—Yo solo te cuento lo que pasa, dicen que donde espantan más feo es el depa cinco, ¿por qué crees que la gente ahí no dura?, desde que me pasé han rentado el lugar dos gentes y luego se han ido.

—Estás loca. ¿Y entonces? ¿Vamos el miércoles al cine?

—Vale, hasta ese día, te veo en zócalo.

La tarde semi oscura del miércoles tiró el buen humor cosechado durante la ida al cine con mis amigos, no había sentido pánico desde hacía mucho tiempo y es que volver, mirar la puerta abierta, entrar con temblores y darme cuenta que alguien había robado mis cosas, era en verdad terrible... o al menos eso creía.

—Pinche gente desgraciada, lo peor de todo es que ni pude usar la computadora que gané en la rifa de la profe de inglés.

—Pero ya estaba vieja ¿no?

—¿Y eso qué? Yo me la gané, ashhhh, pensé que era una buena cuadra para vivir. Lo que me da gusto es el chasco que van a llevarse los pendejos cuando descubran que la mini lap que se llevaron está rota.

—¡Ah, sí! La que tiraste en las escaleras de la uni ¿verdad?

—Ajá, ya no tenía remedio, pero su mochila era original.

—¿Y qué más se llevaron?

—Mi tele, el microondas, ¡hasta rascaron detrás del tocador! Se chingaron mis joyitas. Tenía unos vinos que me regaló una prima, ¡hasta eso cargaron!

—Han de ser tus mismos vecinos, cómo voy a creer que no vieron a los rateros bajar las cosas.

—No digo que esté bien, pero me da gusto que no hayas estado, que tal que te madreaban.

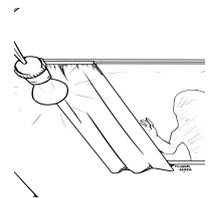
—Sí, la neta.

—¿Y a dónde te vas ahora?

—Al edificio de la Fer.

—Está chido.

Más que departamento, la apariencia del cinco era la de una larga construcción rectangular situada ya en la azotea, paredes de tablaroca dividían el espacio de una cocina muy reducida, una estancia donde apenas cabía una salita individual, el modesto baño y una sola habitación a la que se llegaba caminando por un pasillo, que tenía al lado izquierdo una ventana horizontal pivotante y sobre uno, el colgante de cable negro con socket del mismo color del que pendía el clásico foco del cien.



«Bueno, para una persona esto va bien», me animé. Y entonces, una semana después...

—¿Estás enferma o algo?

—Eh, eh, no.

—Ya, ¿qué tienes?, desde hace rato estoy preguntándote cómo te fue con Javier y no me haces caso.

—Oye, ¿cómo dices que se siente cuando se te aparece algo?

—¿Qué? —respondió Fernanda entre risas.

—¡Sí, que cómo se siente!

—¿Te espantaron?!

—... Definitivamente... Sí.

—¡No manches! ¿Cuándo?

—Ayer.

—¡Ha!

—Ves que llegamos aquí como a eso de la una y media. Apenas había cerrado cuando escuché que alguien subía las escaleras corriendo, tocaron

la puerta y creyendo que eras tú pregunté: ¿se te olvidó algo?, manita...
ino estabas!

—¡Y luego!

—Azoté la puerta, la neta, no quise hacerme de ideas, así que me calmé tantito, pero entonces escuché que tocaron la ventana.

—¡No ma...!

—Pero eso no fue lo más gacho, cuando oí lo de la ventana me eché a correr y entonces que me manotean el pinche foco, ino chingues!

—¡O sea!, ¿cómo?

—¡Justo cuando iba para el cuarto!, ipaf!, como de película, se quedó moviendo el jodido cable. La luz así, de un lado a otro, como péndulo, me ves ahí, tiosa en el pasillo, imaginado que en cualquier momento iba a ver algo entre la luz y la oscuridad. No manches, no pude dormir en toda la noche, me siento mal, me duele mucho la cabeza.

—Chazzz, ¿ves? Te dije que hay espíritus chocarreros en el edificio, ja, ja, ja.

—¡No te burles!, ¿qué fue?, nunca había rezado tanto como anoche.

—Tranquila, iórale!, descansa un rato ¿va?

—Inche Fer, me pasaste a tus muertos.

—¡No son míos! Ja, ja, ja. Ahora sí que sólo el edificio sabe el porqué de sus memorias y nosotros atestiguamos lo que tal vez quieren decirnos.

Las nerviosas noches me hicieron vivir un corto periodo en el departamento número cinco. Lo gracioso de la anécdota, es que me fui para el tres, luego de que Fernanda se mudara con su entonces querer. Tal vez no le caí bien al viejito, porque ahí nunca me sucedió nada y, a veces, cuando rondo el edificio, me pregunto a cuántos más se les movería el foco.

Capítulo 16

LAS DESPEDIDAS

ANUNCIO

Hacía mucho frío, sin embargo, el clima no era impedimento para que la gente asistiera a la primera posada navideña. Panderetas y silbatos alegraban el ambiente, chisporroteaban las bengalas, los niños trazaban figuras en el aire con las chispas, el fuego de las velas no temía extinguirse, pues las entrelazadas palmas de los pueblerinos eran su refugio. Se disfrutaba el regocijo y alegría de las fechas. Pero María hubo de separarse de la animosa procesión que iba rumbo a la vivienda del padrino del niño dios de la comunidad, pues las ganas de ir al sanitario la incomodaban de sobremanera.

Ya en su casa, tardó apenas lo necesario, acicaló su apariencia y salió presurosa.

—Vamos pastores vamos, vamos a Belén, a ver a ese niño, las glorias del edén, del edén...

—Buenas noches doña mari —interrumpió aquel saludo, el canto de María.

Se giró ella, vislumbrando el bulto de una mujer bien tapada con ropas negras, caminaba apenas detrás. Pero reconoció la voz.

—Felicia, buenas noches, ¿no vas a la posada? —preguntó la güera, viendo cómo la rebasaba, hasta eso, el calmo andar de Felicia.

—Sí, ahorita la veo allá —respondió.

—Bueno.

María buscaba un lugar entre las personas sentadas en los rústicos bancos de madera que el padrino acondicionó en el patio, cuando se topó con la risueña cara de Felicia. Estaba ahí, bromeando con sus hijos, cubierta, sí, mas sin los ropajes negros que la güera le miro en su encuentro de la calle. En su negro cabello destacaba la diadema de mini rosas encapsuladas en plástico verde translúcido y al fin lucía el rebose tejido de flores y toros del que hablaba siempre que tenía ocasión.



—¡Muchacha! ¡Me ganaste!

—¿En qué doña mari? —inquirió, extrañada, pero sin dejar su risa.

—¿Cómo?, si apenas termino de verte cruzar la puerta de tu casa, hasta me saludaste.

—Ora.

—¿Entonces no fuiste a cambiarte?

—No, ya tenemos un rato aquí, ¿verdad hijos? —rieron los niños junto a su mamá—. ¿A poco si vio a alguien entrar?

—Ay hija, pues ya no sé, creí que sí eras tú.

—Capas y fue el muerto. Ojalá no me quiera llevar.

La conversación terminó, pues el jolgorio que incitaba la posada hizo levantar a los invitados, que, a empujones y desmedida alegría, preparaban el fondo de sus bolsillos, de los sombreros, de la tela extendida de los rebosos para recibir el aguinaldo de cañas, mandarinas y cacahuates.

—A ver si nos toca —dijo la güera

—Sí, ja, ja, ja. Hay mucha gente —respondió Felicia. María la observó, todavía extrañada, ¿a quién saludó entonces? ¿A la mamá o tal vez a una de las tías?, «sí, fue alguna de las dos» pensó María, dejando ir el temor.

Tres días después, la güera regresaba de ir a vender sus artículos de fantasía; aretes, anillos, cadenas de chapa, bolitas y donas para el cabello, en un puestecito que tenía en el mercado. Como le hacían falta cosas para la comida, pasó a la tiendita de su comadre Johana.

—Oye, ¿quién se murió? —indagó María al ver sobre el mostrador, la indiscutible seña que indicaba difunto; ceras de tamaños diversos.

—Ay comadrita, esta muchacha, Felicia de la Cruz.

—¿Qué?! ¡Comadre! ¡no me digas?!

—Sí, pobrecita, me dijo su pobre mamá que no aguantó el parto, ves que ya andaba mala, bien le dijo el doctor, que ya no se embarazara... no le

podieron controlar la hemorragia, se desangró, la están velando ahorita.

En principio, la güera no quiso voltear a la casa de Felicia, pues temía ver la presencia de aquella noche, a esa mujer de negro.

No eran familia, pero sentía un dolor como si lo fuera. La memoria estaba en su tristísimo corazón. Comprendió que fue ella, la propia muerte de su vecina, anunciando la hora, y la que encontró todavía, el tiempo para saludarla.

Capítulo 17

SOLE

Sentada bajo el techo de láminas de la cocina de humo puesta al aire libre, Matilde le echaba un montón de lágrimas a la lumbre que ayudaba a cocinar; en el interior de una olla, tamales para la ofrenda del siguiente día, el día de todos los santos. Chisporroteaba el agua al caer sobre las ardientes brazas de los carbones que salían del Tlecuil. Lloraba la mujer con la misma amargura de hacía cuatro años, cuando su hija Soledad, niña de apenas doce años, había sucumbido ante una terrible neumonía.

Añoraba su madre volver a mirarla, en especial cuando correteaba por todo el patio a las crías de los borregos o verla regresar con su pequeño cántaro luego de haber ido a recoger un poco de agua.

—Mi Sole, ¿por qué te fuiste? ¿ah?, ¿por qué te fuiste? —recriminaba Matilde, de rodillas, apreciando las pequeñas lumbreras de las ceras alargadas que yacían clavadas entre las flores de muerto, las calaveras de dulce, el mole y el pan de ajonjolí.

De pronto, los lamentos de la mujer fueron interrumpidos por un barullo que venía desde el patio. Al asomarse, Matilde se percató de la presencia de muchos niños vestidos con ropa típica de las razas Yuhmu de la que ella y mucha de su estirpe eran originarios. Reían, brincaban y tarareaban cantos infantiles.

Luego de mirar con atención, Matilde sintió el arrebató de su corazón, tanto que tuvo la necesidad de sostenerse con el puño derecho; clavándolo sobre el piso. Ahí se quedó, sin poder levantar sus rodillas, con suma agitación y sorpresa. Pues afuera, de pie, justo en medio de la ronda, se encontraba Soledad.

—¡Mamita! —gritó la niña mientras corría a los brazos de Matilde.

Regresaron los torrentes de lágrimas, pero esta vez los acompañaba una carcajada de felicidad desbordada.



—Ay, mamita, vengo a decirte que ya no llores tanto por mí, no te preocupes, yo estoy muy contenta con todos mis amigos y, lo que en

verdad me entristece, es verte llorar. Eso en verdad que no me deja en paz —dijo Soledad, limpiando el rostro de una estremecida Matilde.

—¡Perdóname hijita!, no sabía que estaba haciéndote daño —chilló la mujer, sorbiendo muchas de sus lágrimas.

—No llores más, ¿lo prometes?

—¡Sí, sí!, ite lo prometo, mi Sole, te lo prometo!

—Bueno, ya me voy, te quiero mamá. La virgen me ha dicho que algún día nos iremos juntas ¿sí?, pero ya no me llores, porque si no el corazón no deja de dolerme, yo estoy bien, recuérdalo mamita, yo estoy bien —dijo Soledad mientras regresaba a la ronda con todos aquellos niños.

—Adiós mijita.

—Por cierto —agregó la niña—. Ya no truena la monedita.

—¿Qué?

—Escucha, la monedita.

Respingó Matilde, recuperando justo a tiempo el equilibrio para evitar caer de la silla, escuchando aún el susurro de su hija que poco a poco iba perdiéndose entre el claroscuro del patio y el cuarto en que se hallaba la ofrenda para los muertos.

El fuego ardía ya tímido, pero con la fuerza necesaria para alborotar un resultado en la olla. Matilde puso atención, sí, la danza de la moneda ya no estaba. Era costumbre de familia, arrojar una pieza de dinero a la olla de los tamales, si ésta ya no truena puede significar cosas: el agua se acabó y se debe verificar si los tamales ya están listos, si no, se agregará más agua, hasta que el alimento esté listo. Otra vez, cuando ya no tintinee la moneda, el producto habrá de retirarse.

—Fuuu, fuuuu, tienes razón, ya están —hablaba Matilde, sacando tamales de la olla—. Te lo prometo hija, ya me voy a poner bien —gimoteó, dedicando el primer envuelto a su pequeña y apretando entre sus puños la monedita. Llevándolos a su pecho, lloró una última vez, pues tenía la prueba, la visita de Soledad no había sido únicamente un sueño.

Quien dice que los muertos no vienen ese día, es porque no tienen o saben nada.

Capítulo 18

LA PUERTA

El reloj de la iglesia tocaba las primeras notas para completar las doce campanadas de media noche, cuando Irene salía corriendo del cuarto de baño, era un poco fastidioso el tener que gozar de una buena ducha caliente y luego tener que cruzar el patio, pero siendo que la construcción estaba fuera de la casa, no quedaba otra opción más que aguantarse.

Con premura cerró la puerta de la habitación y se dedicó a restregarse el húmedo cabello, se enfundó el pijama y se arrojó a la cama.

Era sábado y la música de una fiesta se escuchaba muy cercana, a pesar de ello, la muchacha se enfocaba en contar la repetición de las campanadas, cuando... Sscriii-iii-iisshhh, oyó Irene a lo largo de la puerta. Sscriii-iii-iisshhh, por segunda vez, no estaba segura del porqué el sonido le provocaba tantos nervios. Sscriii-iii-iisshhh, por tercera vez. Ahora sí, la joven se había quedado estática. Algo tenía ese rasguño, algo que no era bueno.

Aclaró la garganta su madre, dormían en la misma habitación, separadas por un gran ropero entre una y otra cama.

—Bambi, ¿estás despierta?

—Sí —contestó.

—... ¿escuchaste?

—Mmm, ajá.

—¿Qué fue?

—El gato, ya duérmete.

Irene pudo moverse otra vez, un escalofrío la sacudía. Cerca de sus pies, Shadow, el consentido y gordo gato, relamía su pelaje. «¡Diosito!» Y se arrojó las cobijas encima.

No despertó hasta que la *bambi* la sacudió al otro día.



—¡Hija, hija!, ¡adivina quién se murió!

—Ah, eh, ¿qué, no, no sé.

—Don Chema, el marido de la amiga Celia.

—¡Híjole!

—¿Sabes qué?, yo creo que por eso escuchamos los rasguños, se vino a despedir el señor.

—Pues no que... Ya, olvídalo.

No quedó otra cosa que sentir pena y dejar de culpar al michi que ronroneaba y ronroneaba.

Capítulo 19

LA KAGUYA DEL RÍO

La película animada de origen japonés, narraba la historia de Kaguya, una princesa que nació del fino tronco de un bambú. El motivo para elegir este mundo era simple, tener una vida feliz entre la tierra y la naturaleza.

Pero el dolor y la gran tristeza que generan las decisiones de los humanos, la hicieron; a manera de ruego, pedir que el deseo en su corazón se volviera realidad, y aunque más tarde se arrepintió, la joven retornó a su verdadero hogar... la luna.

—Yo conocí a una Kaguya —dijo mi bisabuela—, pero ella venía del agua.

—¡De verás!

—Sí.

Antes de venirnos para acá, vivimos una temporada en el pueblecito donde nació mi papá. Un lugar caluroso y muy pobre, hasta el agua de su río lo era, ahí no había más que unos charales de sabor feo, pero cuando el hambre es canija, le encuentras gusto a la comida, aunque ésta no sepa nada bien.

Una tarde se nubló, así de repente, las nubes no eran grises, sino negras y en esa oscuridad relampagueaba la luz, hasta hoy me gusta pensar que eran dragones cruzando el cielo —describía su relato Pascuala, serpenteando las manos en el espacio—. Pues te digo, cayó un aguacero, una tromba, ¡un diluvio!, hechos bolita esperábamos el momento para que el agua nos arrastrara con todo y nuestra choza, ¡qué miedo teníamos! —rememoraba Pas, esbozando una risa con aires de antaño.

—Supongo que toda esa agua era mágica o bendita, porque la trajo a ella.

—¿Qué, a quién?!

—Al siguiente amanecer, dimos gracias a dios por no habernos ahogado. Mientras afuera, la gente gritaba: “¡Vengan, vengan!” «¡Miren lo que hay en el río!» “¡es un milagro, un regalo del cielo!” «¡Pero qué hermosa!»

Ahí, sobre las piedras de la pequeña isla en medio del río, estaba una niña como de unos doce años, blanquita, su rubio cabello le escurría por los hombros, el pecho y la pancita. Miraba a toda la gente, pero sin el

asombro con que se le admiraba a ella... metía y sacaba del agua su cola de pez. Yo la vi, vi a la sirena, una sirena, sí, una niña sirena.

—¡Guuaaaauuu!, ¡genial!

—Con su llegada, el río también prospero. De simples charales en botes, se pasó a crear un mercado que ofrecía toda clase de pescados, turistas comenzaron a venir al pueblo para constatar la existencia de la sirena.

Le gustaban las flores, cuando le arrojaban ramos se quedaba en la isla, cuando le llevaban comida, se marchaba al fondo.

Eran los días alegres, hasta que una mañana volvieron los gritos. Un fuereño había conseguido llegar hasta la pequeña sirena. Atestiguamos una lucha terrible en el agua, el viejo no desistía a pesar de los escurridizos escapes de la criatura. En un arranque desesperado, éste la sujetó por los cabellos.

Fue el alarido de la sirena lo que invocó las negras nubes de tormenta, la sombra apagó la luz dorada de las hebras sueltas que flotaban en el río.



Truenos y relámpagos ahuyentaron a la gente, corrimos a refugiarnos, hombres de buen corazón todavía se apresuraron a sacar del agua al desgraciado secuestrador.

Llovió, ¡una tromba, un diluvio!

Y así como vino... la sirena se fue.

Todo desapareció, excepto los charalitos del río. Ya te imaginarás lo triste que fue para todos volver a la pobreza de antes, el pueblo cayó al olvido, solo quedaron los suspiros.

La gente hizo de casi todo, encantos, limpiezas, misas rogativas, nos emocionaban las lluvias, añorábamos el retorno de la sirena. Pero ya nunca sucedió, ¿qué habrán hecho después los papás de Kaguya?

—Hum, no lo sé abuelita, tal vez soñar con ella todos los días.

Capítulo 20

EL CLIENTE

Fue muy extraño escuchar la voz de Tomasa en lugar del robótico canto del gallo en el reloj. Mi hija trajo aquel aparato como regalo por uno de mis cumpleaños. Al principio lo usaba para escuchar la radio, pero cuando el sueño se volvió más fuerte que yo, pues no me quedó otra opción más que enseñarme a programar el despertador de ese reloj. Y así me acostumbré al cacareo del gallo. No despertaba hasta que lo escuchaba cantar.

—Despiértate Lucio, quien sabe quién toca la puerta —decía mi mujer sin dejar de moverme.

—¿Qué?

—Tocan —susurró ella de nuevo.

Estiré el brazo derecho para alcanzar el reloj. Hice un sobre esfuerzo para abrir los ojos. Aunque borroso, logré distinguir la posición de las manecillas. Eran las seis con cuarenta y cinco minutos de la mañana. Coloqué el aparato en su lugar y dejé escapar un pequeño bostezo. La verdad, aún no quería levantarme; así que permanecí en la cama. No abrí los ojos, esperaba escuchar los golpes que despertaron a Tomasa, pero, no oí nada.

—¿Qué no oyes? ¡Tocan, Lucio! —dijo mi mujer, en voz baja. Dándome unos codazos en la espalda.

Pensé en los trabajos que no había entregado, no recordaba ninguno que fuera de urgencia. Me extrañé que alguien viniera tan temprano. Mi chamba como el único herrero del pueblo generalmente daba inicio como a eso de las nueve de la mañana.

—¿Quién será?

—En lugar de estar fregando, deberías levantarte a ver.

—Pues si no quieres que te ande chingando ¡apúrate!

La obedecí porque no quería seguir escuchándola. Me levanté, busqué las botas bajo la cama; las calcé sin abrochar las agujetas. Estaba abrigándome con la chamarra cuando oí los fuertes golpes que daban al

zaguán. Tomasa tenía razón. Sacudí mi gorra antes de ponérmela y salí.

La semi oscura mañana tenía un poco de niebla, del tipo que únicamente se disipa conforme avanzas en el camino.

De nuevo golpearon la puerta.

—¡Buenos días! —gritó una voz gruesa y ronca, era la de un hombre.

—¿Quién? —pregunté desde lejos, pateando una bola de soldadura vieja que estaba en el suelo. La canica dio unos rebotes y fue a estrellarse contra la estructura de la planta de luz.

—Disculpe, ¿aquí vive el herrero?

—¿Viene por un encargo?

—No, quiero un servicio.

—Espéreme.

Al abrir la puerta, me encontré con un hombre alto. Traía puesto un gabán de color gris que tenía bordadas las figuras de perros en tonalidad oscura. La manera en que había acomodado el jarano dificultaba el poder distinguir su rostro. Sólo se podía mirar un poco de su rala barbilla.

—Buenos días.

—Buenas, ¿qué se le ofrece?

—¿Tú eres el herrero, Lucio Sangrador?

—Yo soy, ¿qué quiere?

—Me dijeron que usted trabaja rápido.

—Depende a lo que quiera.

—Se trata de que abra una puerta; allá, en mi casa. Es que ya me voy, pero no encuentro la llave y me urge sacar algo de ahí, por eso lo vine a buscar.

—¿Se trabó o qué?

—Perdí la llave del candado. Vaya a abrir, yo le pago lo que pida, pero vaya, me urge que abra la puerta.

—Bueno, pues ahorita voy.

—Acompáñeme. Será rápido.

—¿Por dónde vive?

—De esta calle —dijo el hombre, señalando al horizonte—, todo derecho, hasta topar casi en la orilla. Es una casa que tiene bugambilias.

—¡Ah!, sí sé por dónde. Ya vete mano, ahorita te alcanzo.

—Bueno, pero no te tardes. Es que me urge que abras la puerta. Yo te pago lo que pidas.

Inclinó un poco la cabeza y luego emprendió la caminata. Yo me quedé ahí, viendo cómo se perdía el hombre entre la niebla.

Regresé adentro, la cocina olía a café, Tomasa ya estaba calentando la olla con el líquido negro. Y éste burbujeaba; haciendo que los granos machacados tronaran en el fondo.

—¿Quién era?

—Un viejo, quiere que le vaya a abrir una puerta.

—¿Vas a ir?

—Sí —contesté, mirando la distorsión de mi cara entre las olas del café en la olla. De pronto me pareció verlo a él. Sí. Era el hombre, mirándome con algo de rencor a través del café.

Luego, su breve aparición reventó en el último suspiro de una negra burbuja.

«—Pero no te tardes».

—Ahorita regreso —dije, empacando una segueta en la mochila. Aproveché la lumbre del fogón para avivar un cigarrillo.

—Te regresas pronto —aconsejó Tomasa, despidiéndose desde el zaguán.

Subí a la bicicleta, rechinaba la estrella mientras pedaleaba, algo lento y con cuidado para no caer en las trampas de la niebla.

Miré hacia adelante y me sorprendió ver que él aún seguía caminando rumbo a su casa. Un vientecillo jugaba con las puntas de su gabán, las

barbas se meneaban de un lado a otro.

Incliné la cabeza y apresuré la marcha. Cuando volví a mirar, el cliente ya no estaba.

»—Ya se echó a correr el cabrón —pensé.

Me detuve frente a la casa, los árboles de bugambilias asomaban sus ramas al exterior y de las flores moradas escurrían gotas de briza, las miré un rato antes de tocar el zaguán. Al tercer golpe se abrió la puerta.

—Pensé que ya no ibas a llegar. Te dije que no te tardaras.

—Disculpa mano, es que no encontraba mi herramienta.

—Vamos pues —dijo él, acomodando el sombrero en su cabeza.

Caminamos por un gran patio de piso empedrado, en cada extremo se divisaban unas anchas jardineras llenas con distintas flores. Había rosas, geranios y algunos cempasúchiles.

—Pásale —invitó el cliente.

El interior del cuarto estaba semi oscuro, apenas alumbrado por la luz de unas velas colocadas en cada esquina. Di unos cuantos pasos antes de percatarme que en el piso había unos bultos ordenados en fila. Luego vi que las cobijas en ellos no lograban cubrir los pies.

»—Este canijo tiene visitas. Híjole, pobre gente, a ver si no los despierto. Pensaba mientras brincaba entre los espacios libres que dejaba cada bulto.

—Mira, es ésta —indicó el hombre.

La puerta era grande, rústica, hecha con gruesas tablas. Aunque su aspecto parecía algo viejo, se podía olfatear una pasada de Diésel en la madera, como si apenas la hubieran terminado de hacer. Y como había dicho el hombre; estaba asegurada con una cadena ancha y muy oxidada que pasaba a través del grillete de un gordo candado.

Me apresuré a seguetear uno de los eslabones de la cadena. De ese frío cuerpo metálico se sacudía una considerable cantidad de polvo. No tardé en descubrir que la segueta no serviría para nada, así que recogí mis cosas y le dije al hombre que traería unas pinzas para cortar la cadena.

—Me urge que la abras, por el importe no te preocupes, yo te pago lo que

quieras.

—Mira mano, ya lo intenté con la segueta. Mejor me regreso a buscar otra cosa para chingar la cadena.

—Pero te vas a tardar. No, no, ábrela. Es que ya me tengo que ir, pero tengo que abrir esa puerta. Es urgente, ábrela.

—Con esto no se puede.

—Por eso te fui a buscar. Nada más es que abras la puerta y ya está. No hay tiempo, me tengo que ir.

—Voy rápido y vengo.

El hombre tosió un poco antes de responder.

—Pues a ver si me alcanzas, porque ando ya de salida.

—¡No me tardo! —contesté, ya brincando entre la gente.

Ni siquiera me preocupé porque alguien se cayera con la bicicleta que dejé tirada en la calle.

Me apresuré a recoger unas pinzas del taller y de nuevo emprendí la marcha. Para ese entonces, la niebla ya se había disipado. Toqué fuerte la puerta; una, dos, tres, cuatro veces. Pero nadie salía.



Silbé fuerte y repetí la tanda, incluso espiaba por una de las rendijas del zaguán para ver si el cliente ya venía.

—Buenos días, tu canijo —escuché tras de mí. Era uno de mis amigos, arreaba a sus mulas para que se calmaran. Estaban algo locas, hacían igual que cuando ven a una serpiente y resoplan para ahuyentarla.

—Buenos días, ¿ya te vas al campo?

—Sí, ¿qué haces ahí?

—Vine a hacer una chamba.

—¿Qué estás borracho o qué?!

—No, ¿por qué?

—Ahí no vive nadie, Lucio.

—No chingues, apenas vine, tengo que abrir una puerta.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tas loco tú!, ya deja los pulques; te están volviendo loco. Mira, ahí vivían unas gentes, pero el dueño ya se murió y los demás agarraron camino pa' la ciudad. Creo que ya no viene ni para vacacionar. Bueno, ya me voy. Apúrale canijo.

Cuando mi amigo terminó de pronunciar la última de sus palabras, una corriente de aire frío se dejó venir. Arrastró hasta mis pies algunas flores de la bugambilias. Ya no era un árbol vivo, las ramas estaban muy viejas y secas.

Volví a echar un ojo por las rendijas. Todo estaba en abandono.

«—¡¿Cómo, pero si yo entré?! Entonces...».

Los rayos del sol matinal iluminaron toda la calle. Agarré la bicicleta y me fui a casa.

—¿Qué? ¿Sí abriste la puerta?

—No —le dije a Tomasa—. Ya no encontré al cliente.

Capítulo 21

POST SCRIPTUM

La inspiración para este libro fue posible gracias a la herencia cultural relacionada a creencias de espantos y otras apariciones. Resguardo que, a la vez, es compartido en las conversaciones entre la familia, los abuelos, los tíos y amigos.

Agradecimiento a los siguientes guardianes de relatos, especialmente a los que ya no están en el mundo, pero que dejaron tras de sí, un caudal de historias fantásticas.

Juan contreras Sangrador.

María Luisa González Flores+

Silvia Luna Contreras.

Tomasa Flores Gil+

Emma Edith Peralta González.

Manuel González Zedillo+

Miguel Flores Tlali+

Capítulo 22

Historias fantásticas

Noodle Kattepón Váiz (Laura Luna Peralta)

